

9024  
BIBLIOTECA POPULAR

# PENSAMIENTOS

Á TERESA

DE

Jose Mármol

"Correo del Domingo" n.º 79  
Julio 2 de 1866-

MONTEVIDEO

1886

91-21

BIBLIOTECA POPULAR

# PENSAMIENTOS

Á TERESA

DE

José Mármol



50.951

MONTEVIDEO

1886

80.628

1870

Received of the Treasurer of the  
Board of Directors of the  
City of New York  
the sum of \$1000.00  
for the year ending  
December 31, 1870



This receipt is valid only when countersigned  
by the Treasurer of the Board of Directors  
of the City of New York

|

Teresa, cumpli6se ya para nosotros aquel negro presentimiento, que en los dias claros de nuestros amores cruzaba por el alma para eclipsar nuestra felicidad. Se cumpli6: ya estamos separados. El aire de mi existencia ya no lo aspiro en tu aliento, y la luz que brillantaba mi esp3ritu ya no la miro en los rayos tan tiernos de tus ojos.

| |

Me faltas, y el universo ha desaparecido para mi. Este corazon, que tu cabeza ha sentido palpitar tantas veces con el vigor de las emociones profundas, hoy late apenas bajo la l3pida de mi pecho, con toda la languidez del desencanto. Estos l3bios, tantas veces encendidos con el calor de los tuyos, apenas se abren hoy tibios y marchitos, para que huya un suspiro que yo adoro, sin embargo, porque lleva tu nombre. Estos ojos, en otro tiempo radiantes de felicidad, porque do quiera se fijaban hallaban algo que te pertenecia, algo que tus ojos acababan de ver, hoy apenas giran m3stios y perezosos, porque 3 cada objeto que contemplo me repito: ¡no es de ella!

| | |

Cuando las flores—¡oh, y tú sabes como amo yo las flores!— absorben un instante mis miradas, me retiro de ellas sin cogerlas. ¿Para qué, para quién esas flores?

Cuando la luna derrama sobre el cielo su luz de plata ¿dónde estás, Teresa, para yo esparcir sobre tu espalda los rizos negros de tu espléndida cabellera, y á los rayos dulces y melancólicos del astro de la noche, descubrir tu semblante mas bello, mas dulce y mas melancólico que la eterna viagera de los cielos?.

| √

Cuando la tempestad hace temblar la tierra con sus rayos, y las nubes beben la luz en la mitad del día, y toda la naturaleza se reviste de ese aspecto desconsolador que se comunica al espíritu, estos días, me digo, eran en otro tiempo el imán secreto de la poesía de mis amores; pero hoy ¿qué me importan? Hoy no tengo los hombros de mi amada para reclinar mi cabeza, y allí, embriagado en el aroma de su aliento, cerrar mis ojos al arrullo del trueno y sus palabras.

Oh! tu voz tierna y melodiosa, como el canto de ruiseñor, confundida en los écos retumbantes del trueno; tu mirada lánguida y amorosa, que parece buscar los objetos para descansar sobre ellos, con-



fundida con el brillo fosfórico del relámpago, ¡ah, Teresa! todo eso que era el antítesis mas poético de la sublimidad de lo terrible y de la sublimidad de lo bello, ya se acabó tambien.



Cuando las sombras de la tarde se aparecen lánguidas sobre el cielo, y los últimos rayos del sol espiran dulcemente en el Ocaso, como la última mirada de una virgen cuando la palidez de la muerte cubre su rostro, y llega á mis oídos el primer toque de la campana de vísperas, entonces, Teresa, mi corazón se estremece; quiero esconder mi cabeza entre mis manos, y se bañan en el raudal de lágrimas de mis ojos. . . . Angel de mi alma, tú conoces el misterio divino de esas horas. . . . aquella colina. . . . aquella cruz. . . . Silencio! no robemos á Dios, único testigo de nuestros amores, el secreto de nuestra felicidad.



¡Cuán bella eras entonces! Yo he visto á la naturaleza en todas sus perspectivas de luz, en las riberas del Paraná y del Amazonas: he visto levantarse la luna sobre un mar tranquilo como el corazón de una niña; pero en tus ojos, Teresa, hay luces mas vivas, mas indefinibles, mas bellas que en el horizonte de los trópicos, y mas poesía en tu rostro, que en esa perla de los cielos que se alza hermosa y

---

solitaria sobre los mares sin ondas.

## V I I

Yo he visto desde la cima de las montañas, descender á los valles de esmeralda las aguas cristalinas de las fuentes, en ligerísimas sierpes de plata, alumbradas con los rayos dorados de la aurora; pero cuando la brisa de la tarde agita los sedosos rizos de tu frente, y los encajes de tu seno, y los pliegues de tu vestidura blanca y leve como los vapores del alba, la luna, la aurora y las aguas de las fuentes desaparecen de la memoria, donde queda una sola imagen: “ la tuya. ”

## V I I I

Pero los encantos de tu rostro, el fuego de tus ojos, cuyas miradas tocan y vivifican el espíritu, como los rayos del sol de Mayo la silvestre azucena de los Andes; tus lábios mas rojos y fragantes que las clavelinas que nacen á las orillas del Uruguay; tu seno, cuya blancura dá celos al alabastro florentino, y cuya hermosura voluptuosa deja sin gracia las creaciones atrevidas del Ticiano; tu cintura fina y flexible como las palmeras del Paraguay; tu juventud que disputa á la aurora su lozania y sus esperanzas, todo, todo desaparece al lado de la belleza de tu espíritu, como desaparecen las estrellas á la luz cándida é inocente del alba.

IX

Tu corazón es un ramo de flores sin espinas, y cada flor representa un afecto sublime ó tierno, delicado ó profundo. Amas, porque el amor es una necesidad de tu existencia.

Amas á Dios, porque en el fondo de tu alma está viva y brillante la recordacion de tu primer morada: el cielo.

Amas la libertad, por ese instinto supremo de los corazones nobles, que se rebelan contra todo lo que pone cadenas á las ambiciones generosas.

Amas la música y las flores, porque entre ellas y tú hay esa armonía misteriosa, esa comunidad indefinible que ha establecido Dios entre sus creaciones delicadas.

Amas á tu amante, porque sientes esa necesidad casi divina de los espíritus angelizados, de armonizar su corazón á otro corazón, su pensamiento á otro pensamiento, su destino á otro destino, su vida á otra vida. ¿Por tí? no; tú no amas por tí misma, como los espíritus vulgares: amas para la felicidad del ser amado.

Hé ahí tu amor, el amor de Dios sobre la tierra.

X

El amor sublime, santo, de abnegacion y de sacrificio, ese es el tuyo, divinidad sin alas.



Oh! si alguna vez hubiera yo cortado con una sola palabra los lazos que nos ligan á las preocupaciones sociales, diciéndote: "Teresa, sígueme en mi vagabunda vida de proscrito," tú, alma del alma mia, habrias conmigo atravesado los desiertos, ó, sentada en mis rodillas, sobre la popa de un bajel, te habrias dormido en mis brazos, feliz y tranquila, al arrullo del viento y de las ondas; y tu Dios, tu mundo, tu patria habrian sido ¿quién? tu amante.

Habrias seguido mi suerte, sufriendo contenta todas las veleidades de mi estrella; y si el drama de mi vida se terminára en un cadalso, cuando yo hubiera pisado de él la segunda grada, tú habrias pisado la primera, ¿no es verdad, Teresa? Y en el cielo, irías todavía á decirme: te amo. ¿No es verdad, bien amada de mi corazon?

### × I

Pero quisimos respetar el código de las aberraciones sociales ¿por quién? ¿por ti? ¿por mi? no: por la sociedad misma; y . . . ya estamos separados.

La sociedad nos agradece este sacrificio, el mayor de los sacrificios humanos? ¿Apláude nuestra virtud? —no;— sin embargo, ella habria descargar su anatema sobre tu nombre y el mio, si le hubiéramos dicho: "no tenéis el derecho de esclavizar el destino de dos seres libres."

## X I I

Ya estamos separados.

¿Qué nos queda de aquellos claros días de nuestros amores?—¡el recuerdo!

¿Y sabes lo que es el recuerdo de la felicidad pasada? es el veneno de la felicidad futura; parece que celosa de su pasado imperio, quisiera destruir en el alma todo otro jérmén de felicidad nueva.

El corazón puede amar dos veces, pero si fué feliz en su primer amor, esa felicidad no se reproduce en el segundo, porque el alma ha perdido ya su virginidad para las impresiones dichosas, y mas se goza entonces con las recordaciones de lo pasado, que con las impresiones reales de lo presente.

## X I I I

El espíritu, como el cuerpo, se postra y languidece despues de los esfuerzos poderosos, y esa languidez del espíritu, que viene en pos de las pasiones profundas, es lo que se llama melancolía.

¿Por qué huimos entonces del mundo, por qué buscamos la soledad y el silencio?

Porque está en nuestra memoria el único bálsamo para aquella enfermedad terrible, para aquella tisis del corazón: están los recuerdos, que se apoderan de nuestra alma, y á los cuales el alma misma ama y venera y santifica como la única herencia de

una felicidad que ha pasado á pesar suyo.

## XIV

Y ¿qué objeto puede sustituir estos recuerdos? ¿cuál otra mujer puede desvanecer los tuyos en mi memoria?

Ah! cuán despóticas son ciertas felicidades en la vida del corazón humano!

Amar á ciertos seres, es hacerles un juramento de constancia eterna, pues una vez que se les ha conocido, todos los otros aparecen inferiores y sin encanto.

Sin quererlo, la memoria establece las comparaciones, y entonces el recuerdo de aquel ser privilegiado, de aquel ser primero de nuestros amores, nos hace ver pálidos y sin prestigio todos los objetos que nos rodean.

Amar á una mujer como tú, Teresa, es renunciar para siempre á encontrar la felicidad en otras mujeres.

## XV

Antes de conocerte, yo amaba á la mujer por el placer, y el placer lo encontraba en los encantos de cada una.

Te conocí, y amé á la mujer por su corazón, por los afectos íntimos y delicados de su alma.

Esa llama ardiente y sutil que discurre por los

sentidos en la primera época de la juventud, reconcentróse en mi pecho, y formó sobre mi corazón esa aureola espléndida del amor, á cuya luz divina divisamos esa felicidad pura, ese deleite casto y espiritual, que hace la esencia de las pasiones íntimas y nobles en el hombre que ama.

## XV I

Así amanecieron para mi vida esos días perfumados de inmortalidad: esos encantamientos sin nombre que, á una mirada, á una palabra tuya, descendían á mi espíritu para arrebatarlo á las más altas regiones de la poesía, de lo ideal, de lo divino: porque es acercarse á la divinidad, gozar como ella esos momentos inefables, donde la vida, en éxtasis de amor, parece dilatarse en los espacios de otra existencia, que no es por cierto la existencia pesada y trabajosa de la tierra.

## XVI I I

Pero todo esto pertenece al pasado.

Ayer todavía, sentados frente á la cruz bendita que ha escuchado tantas veces nuestros sentidos juramentos; ayer, mi brazo izquierdo rodeando tu cintura, y mi mano derecha oprimiendo las tuyas de azucena y rosa, contemplaba embelesado tu cabeza, encantadora como aquella que hizo la gloria de Miguel Ángel.



Oh! si las coronas de la tierra fuesen ganadas por la esplendidez de la frente que las lleva, la corona imperial del mundo estaria hace tiempo sobre tus sienes!

Bien, pues; ayer todavía, tu cintura, tus manos, tu cabeza, ayer todavía, tus labios donde iban á conversar los míos con el alma tuya que se deslizaba hasta ellos en tus besos; ayer todo, ¿y hoy? el mar, el espacio, los recuerdos: hé aqui la herencia de ayer.

## XV | | |

Los recuerdos! Si, ellos van á ser mi vida; mi paraíso perdido serás tú: el ángel condenado á recordarlo y llorarlo seré yo.

Cuando los rayos de la aurora, menos bella que tú, hieran tus ojos, haz que tu corazón te repita siempre estas palabras: "él piensa en mí."

Cuando las sombras de la tarde, menos dulces y melancólicas que tu espíritu, se derramen por el espacio: "él piensa en mí."

Cuando las estrellas, menos preciosas y brillantes que las imágenes de tu caprichosa fantasía, bor den los cielos: "él piensa en mí."

Oh, Teresa, mujer adorada hasta lo ideal del delirio! esas palabras repítelas siempre como una oración de tus recuerdos; porque en cada momento



de mi vida, mi pensamiento tendrá un solo pero dulcísimo ejercicio: "pensar en tí."

× | ×

¿Cuál será mi destino en el mundo? no sé.

¿Cuál será el fin de mi existencia tan borrascosa, tan dramática? no sé.

¿Qué aspiraré en el mundo? nada.

¿Qué sé? ¿qué quiero? Sé que todos los instantes de mi vida serán pocos para consagrarlos á la adoracion de tus recuerdos, Teresa; y quiero vivir mucho, porque no sé si en la otra vida podré tan libremente como en ésta pensar en tí, hablar de tí con mi corazon y consagrar mi espíritu á la recordacion santa de la felicidad que me diste.

××

Quiero mas: quiero no volver á hallarte sobre el mundo: ¿podriamos ser lo que hemos sido? no.

Entonces conservemos el recuerdo de la felicidad perdida, y no pidamos á una situacion nueva, la misma felicidad que acabó ya.

Nuestra felicidad cayó á su tumba: vertamos sobre ella las flores fragantes de nuestra memoria, y el llanto purísimo de nuestro corazon,—pero.... que duerma en su tumba....!

Teresa, ¿te acordarás de mi....?

FIN.

Á TERESA

Alma del alma mia, cuan bella es esta hora  
Sintiéndote á mi lado y á orillas de la mar!  
Ay! cómo eres hermosa! El sol se descolora,  
No vés? Se ha enamorado de tu beldad quizá.

\*  
\* \*

Yo sé que es muy sublime para que dure mucho  
La dicha que los cielos me han regalado en ti;  
Mas no pensemos esto—Cuando tu voz escucho,  
De todos los mortales yo soy el mas feliz.

\*  
\* \*

Mi orgullo es el amarte. Mi lauro de poeta  
Poseer para mi lira tu celestial amor;  
Tener entusiasmado, dentro la mente inquieta  
Los últimos sonidos de tu adorada voz.

\*  
\* \*

Qué linda es tu cabeza, mi enamorada hermosa!  
Qué bien una corona vendria en esta sien!  
Cuán dulce es tu mirada! Tú no eres una Diosá,  
Pero algo eres al ménos mas bello que mujer.

